

Necrológica en homenaje al profesor Rafael Castejón y Martínez de Arizala (*)

Por Manuel MEDINA BLANCO

Es honor que agradezco singularmente la oportunidad de ocuparme de un hombre a quien tanto debemos muchos de esta institución y de esta profesión. Y más en una época en que no se prodigan actos de esta naturaleza, no sé si por carencia o por exceso de protagonismos de diversa interpretación. Que ambas y otras cosas pueden ser.

Figura señera, ya de todos, maestro eterno, humano y humanista, generoso, magnánimo, comprensivo y para nosotros infatigable defensor, en el círculo de nuestra historia, de lo que somos y significamos. Observador sagaz y preciso, su obra rebasó límites y fue epicentro de consulta de esas magnitudes científicas que son la medicina, el arte, la arqueología, la zootecnia, de la veterinaria en fin, honrando su origen, que a voces proclamó siempre y la patria que lo vio nacer.

Prócer de la cultura cordobesa, universal como nuestra tierra y veterinario sin reservas, entró en la historia con aquel su paso seguro y rápido, eficaz y a fondo, entre los arabescos de sus teorías y la elegancia de su cantar, con la prosa fluida y erudita de su sentir profesional.

No es fácil separar o aislar, de su pródiga y variada actividad, cualquier aspecto o proyección de su vida, aunque cualquier mediano observador sepa adivinar en los entresijos de sus líneas su origen y sentir veterinarios, de los que jamás abdicó. Su fino olfato destilaba a cada paso no sólo un conocimiento absoluto de la ciencia veterinaria, de sus actividades, de sus problemas, sino que valoraba y encarecía dimensiones y campos o esferas de actuación, en los que fue siempre autoridad y paladín sin límites. Curioso fenómeno en un hombre que carecía de antecedentes familiares en un campo de biología aplicada y su utilidad, que aprendió a amar por sí mismo y sin afinidades ni determinantes.

De origen familiar navarro, sus antecesores llegan en el siglo XVI como artesanos que evolucionan hacia la platería, en la que destaca su abuelo, que estuvo a punto de cambiar el signo provinciano de la misma por su amistad personal con los famosos hermanos Krupp.

Nace el 23 de octubre de 1893, hijo de Federico, abogado, y Dolores en una familia muy numerosa, sin manifestaciones singulares hasta su pubertad. Confiesa haber sido en su infancia «rudo y torpe», con mucho esfuerzo para aprender, hasta que en la pubertad despierta, agudo y fácil, para co-

(*) Discurso leído en la facultad de Veterinaria de Córdoba.

menzar a asombrar con una inteligencia clara. Impacto rotundo sobre sus inquietudes lo determinan dos profesores de su inolvidable bachiller. De un lado el catedrático de literatura y notable poeta don Manuel de Sandoval, que, según él, «tanto entraba en el corazón del estudiante», el hombre que sin duda despertó su vena humanística y de otro el catedrático de historia natural, don Eduardo Hernández Pacheco, geólogo y prehistoriador insigne «quien removía las fibras de su alumnado como insigne maestro revelando bellezas y misterios de la ciencia natural». En ambas fuentes se meció su vocación, su respeto y su adhesión a las proyecciones de su vida, a la vez que se creó, pródiga, esa veneración y admiración hacia sus maestros, en los que siempre encontró y respetó sus virtudes por encima de sus defectos.

Su paso por el Instituto General y Técnico de Córdoba significó el inicio de su salto vocacional. La certificación n.º 105 de 30 de mayo de 1910, al alcanzar el grado de bachiller, señalaba premio y M. H. precisamente en historia natural y agricultura, las ciencias básicas que ya pregonaban el inicio de su futura vocación. Que decidida hacia las ciencias naturales y sobre la que pesaban su vinculación irrenunciable hacia su Córdoba amada, rechazando el consejo familiar hacia la abogacía, encontró el camino abierto hacia la Escuela de Veterinaria, que significaría la cristalización de todos los deseos. Allí se forjaría su gran personalidad, cerca de maestros pertenecientes a la ola fin de siglo estaba superando el proceso de su configuración definitiva hacia la universidad.

Inició sus estudios en 1910-11 y los coronó en 1913, con premio extraordinario, cursando meteóricamente los cinco años del plan de 1871, gracias sin duda a sus excepcionales dotes y no poco a la formación muy completa que había recibido de su enseñanza media. Causa ésta que reconocía como justificativa de su impresionante galopada.

El curso 10-11 le permitió alcanzar las máximas calificaciones en todas las materias, con singular relevancia en anatomía, con su maestro Calixto Tomás, aquel condiscípulo de Cajal, fino histólogo y anatomista que siempre calificó como «gran formativo». El curso 11-12 cursó como alumno libre, lo que no le libró de rebajas calificatorias, estaba mal visto en la época adelantar, pese a lo cual fueron máximas las obtenidas en los grupos de patología, farmacología, terapéutica y medicina legal, que explicaban otros dos grandes maestros con gran proyección sobre nuestro biografiado: don Antonio Martínez Ruiz y don Juan de Dios González Pizarro. El primero, pionero en la bacteriología cordobesa, del que oí comentar muchas veces, con la practicidad de sus enseñanzas, que «él había usado con naturalidad el microscopio que poseía el profesor citado por vez primera» y el último, en zootécnico de primera magnitud, que tantas vocaciones despertó en su paso fugaz por nuestra escuela y de quien aseguraba «que era quien le había enseñado cómo había de mirar y valorar los caballos». Uno de los grandes amores de su vida. El curso 12-13 asistió a su apoteosis discente, con su premio extraordinario frente a un tribunal de figuras que, tras un corto paréntesis de pocos años, iban a ser sus colegas de claustro. Fueron sus temas «Monstruosidades, causas y clases. Distocias y tratamientos» y en segundo

lugar «Morfología y biología de los microbios», tema éste cuyo nivel y desarrollo impresionó especialmente al citado tribunal, que por unanimidad le concedió el premio, cosa inusual en aquella época. No hay que olvidar que la teoría pasteuriana ya había prendido entre el profesorado —reacio a aceptarla en principio— y que fundamentaría cambios decisivos en planes y materias esenciales a nuestro ejercicio clínico, bromatológico y zootécnico. Lo formaban los profesores Gabriel Bellido, catedrático de historia natural y luego de bacteriología y preparación de sueros y vacunas, Moreno Ruiz, el microbiólogo y patólogo de mayor relevancia local y regional, Martín Merlo, fisiólogo de la nueva ola de discípulos de Letamendi y J. Herrera, el gran cirujano del momento. Hoy todavía es una delicia la lectura de su ejercicio sobre microbios, con su lenguaje elegante y preciso, con aquella letra legible a la perfección, vencida a la izquierda.

En otoño de ese año de 1913 opositó a Veterinaria Militar obteniendo el número 1 y encontrando su primer punto de destino en la Yeguada Militar de Moratalla. La fortuna lo había enviado a un servicio que permitiría un conocimiento profundo de la equinotecnia, en donde sus aficiones e inquietudes encontraron campo de expansión, singularmente en la reproducción dirigida, en la cría y etnología y donde en contacto con los altos jefes y con la Casa Real se acrecentarían su prestigio y relevancia profesionales. Fichas zootécnicas, libros genealógicos, planes de mejora étnica o erradicación y lucha contra morbos y virosis fueron exponente de su esfuerzo, que comenzó a divulgar en la prensa profesional y local (revista *Veterinaria España*, revista *Higiene y sanidad pecuaria* o *Diario Córdoba*). Allí estuvo, según manifestación propia y reiterada, la consagración de su amor a la equinocultura. De la que regularmente y entre sus amigos solía decir que «los caballos me gustan tanto como las mujeres, que ya es decir».

Dos años más se prolongó su servicio en Veterinaria Militar. En el Regimiento Mixto de Artillería en Melilla tuvo oportunidad de estudiar morbos como el muermo, verdadera plaga del ejército colonial, y profundizar en su adorado campo de la zootecnia. De esa época son, por ejemplo, «Los caballos del país del Atlas», «Los ganados del Riff», «Los bóvidos en Andalucía» o «La raza asnal andaluza», exponentes de una manifiesta especialización que, como amor paralelo, iba a mantener el resto de su vida.

Pero la tierra le tiraba, su patria chica era inolvidable. El es sin duda un paladín de ese grupo abundante de cordobeses que dejan todo y renuncian a todo menos al solar que les vio nacer. Pidió la excedencia, retornó a sus lares e inició su carrera docente «en mísera auxiliaría de nuestra Escuela, con catorce duros al mes».

Sin embargo la vida militar le había enseñado no poco. La gran pasión de su vida, aprender sin límites ni descanso, había encontrado también allí horizontes. Había ampliado sus círculos y convivido con maestros de otro porte. Dos figuras castrenses tienen especial impacto en esta época: el coronel veterinario E. Molina y el teniente coronel Sánchez Vizmanos, luego ya admiradores rendidos y amigos. El último perfeccionó su técnica laboratorial y en el Instituto de Higiene Militar le enseñó la obtención y manejo de

sueros terapéuticos, incluso a escala industrial. El primero, otra gloria de la veterinaria cordobesa como alumno destacado, artífice del cuerpo de Veterinaria Militar, gran publicista, que le distinguió como científico progresista, que colaboró en sus esfuerzos por mejorar la enseñanza y con el que le unió una rendida amistad.

Aquí ya en su Córdoba dorada, inició sus estudios de medicina, que finalizó en 1926. Fundó un laboratorio privado, heredero de la pulcritud y ejecutoria de su maestro el profesor Moreno Ruiz, introdujo nuevas técnicas y colocó la especialidad a tope máximo en Córdoba. Ya no había que enviar muestras a Madrid o Sevilla para hacer serodiagnósticos, el Wasserman por ejemplo, y se preparaban autovacunas. Con éxito creciente amplió y preparó vacunas, como la especial anticarbuncosa para cabras, que, por su sensibilidad especial, estaba reservada al Instituto Alfonso XIII, así como contra la peste porcina y sueros terapéuticos.

Pero la enseñanza le reclamaba. Y pese a su orientación zootécnica —en subsistir a su querido maestro González Pizarro encontraba, según confesión propia, «especial gozo»—, la convocatoria de la cátedra de enfermedades infecciosas e inspección de mataderos le dirigió en esa senda oficial, obteniéndola por unanimidad en 1921. Una vez más se ama en la vida lo que se puede y no lo que se quiere. Destino que, si bien aceptó oficialmente, corrigió en la práctica manteniendo su competencia, su autoridad y afición toda su vida en el campo de la zootecnia.

Pero ya sustentado en ambos sustratos, como catedrático de infecciosas e inspección y su particular industria biológica de punta y el zootécnico, su amor querido, latía un formidable veterinario. Como correspondía a su formación, apoyada en esos pilares básicos que indestructiblemente unidos se proyectan hacia la clínica, la bromatología y la zootecnia. Que él defendió siempre a ultranza.

Fue presidente del Colegio Provincial de Veterinarios de Córdoba, entidad que le acogió honrada en su seno y creo ha sabido llevar hasta el final su homenaje de admiración, respeto y de cariño. Y director de la escuela de Veterinaria e impulsor poderoso y definitivo en la cristalización de este hermoso edificio que hoy nos aloja, 50 años después de que él lo llevara hasta el final.

Promovió viajes y contactos con el extranjero que nos ayudasen a mejorar lo que teníamos y demostrar lo que sabíamos. Fue otro de los hombres que luchó bravamente y colaboró en la creación de aquella inolvidable Dirección General de Ganadería, con lo que la zootecnia española comenzó a estar en nuestras manos, bajo la égida fulgurante y efímera de Gordón Ordás. Incluso idea de la que jamás se retractó fue la de reclamar un Ministerio de Ganadería, liberado de directrices inexpertas y dependencias extrañas. Defendió arduamente la formación veterinaria, como técnicos de la mejora zootécnica y la participación profesional en la mejora y crianza equinas, alguna de cuyas reivindicaciones le crearían dificultad y graves peligros.

Por su constante zootecnicismo y por su nivel y calificación al crearse con la Dirección General de Ganadería las estaciones pecuarias regionales, en 1931, fue nombrado director interino de la andaluza, ubicada a orillas del gran río. A la que dotó de edificaciones e instalaciones modernas y pobló de todas las especies indígenas, por las que tuvo siempre especial predilección. De su trabajo allí, que continuó el profesor Aparicio, dan fe, entre otros testimonios, la revista de ganadería de la escuela. Y de allí, cuando aquéllo estaba en marcha, un nuevo destino, para él «dorado retorno», la dirección de la Yeguada Militar, cuya dependencia civil lo permitía, al pasar del ramo del Ministerio de la Guerra. Creo hoy, a muchos años de distancia, que culminó sus ilusiones. Retornó a estudiar y ordenar algo que bien conocía y dirigir la cría caballar, entre sus viejos amigos y conocidos, sentando su competencia profesional entre jinetes, admiradores y aficionados. Reconstruyó la yeguada nacional, la dotó eficientemente y la mejoró notablemente.

Pero el viento de la guerra arrastró todo. La estación pecuaria, florón, testimonio y ejemplo de la cría animal, fue intervenida y destinada a estación de los grandes regadíos y hoy sede del INIA. Ahí está viva una reivindicación permanente de un destino y fin distintos, con preterición lamentable. Sólo porque era creación de la república. Destino técnico, entre sus amados corceles, que le llevó al castigo, al exilio, porque su profesionalidad había que borrarla aunque la ciencia marque otras rutas. Y aunque por su peso caiga que aquello no debía estar en manos más que de quien sepa manejarlo mejor en provecho de la sociedad.

Es en aquella etapa cuando se forjan a veces silenciosas, sus más conseguidas creaciones y hallazgos en el campo de sus aficiones paralelas: su enorme cultura medieval, su interés por la arqueología y el arte. Es en ella cuando se prodiga su contacto con el extranjero. Así, por ejemplo, delegado del Gobierno en el Congreso Internacional de Avicultura en Roma informa directamente al Duce de lo que significa la creación de la Dirección General de Ganadería y su trascendencia. Lo que determina que el citado político pretendiese e hiciese público su proyecto de entregar la mejora ganadera de su país a los Veterinarios. Y ya al final de ella, más profesional que nunca, fue efímero director general de Sanidad.

La guerra le arrincona, le castiga y le empuja todavía más hacia sus actividades múltiples. Refugiado detrás de su competencia son profusos los informes y diagnósticos que la situación sanitaria reclama, a la vez que desarrolla en profundidad su laboratorio, que llegó a convertir en una de las primeras firmas industriales del sector, resolviendo problemas derivados del abastecimiento de sueros y vacunas para la ganadería afectada de morbos directos, y fundamento, como instrumento básico, de la reconstrucción económica y abastecimiento nacional.

En cuanto a su dinámica personal se asiste a un desarrollo singular de sus aficiones arqueológicas y humanísticas. Entonces la ciudad, dormida, descubre y ensalza a este trovador. Y se suceden homenajes, condecoraciones, etc. (cronista, Medalla de Plata, etc.), que jalonan ya su paso, que esencialmente se ejerce desde esa atalaya de privilegio que es la Academia de

Córdoba. Pero ésta es otra historia que escapa al estricto y sucinto estudio de su calificación como profesional de la ciencia veterinaria, al que me ciño, con la dificultad que entraña siempre aislar aspectos de una personalidad que posee caracteres como mosaico trabado sin solución de continuidad, sin hitos ni líneas diversas, como la fuente que mezcla sus colores.

Pero su actividad no cesa. En la etapa final de su vida oficial corona su obra zootécnica estructurando bajo su dirección el Instituto de Zootecnia del C.S.I.C., origen y fuente de investigaciones del más alto nivel, escuela de investigadores pródiga, hito excepcional en el estudio, asesoramiento y dirección de la problemática animal en nuestro país, que ennobleció y ennoblece a su creador y que representa sobre todo en el entorno regional la única voz que se ha oído en el concierto de la ciencia animal de elevada calificación. Promotor de todas las revistas locales que desde su época de estudiante han divulgado la citada ciencia, como *Andalucía ganadera*, *Ganadería*, *Boletín de Zootecnia* y la actual de *Archivos*, entre las más destacadas, así como colaborador y redactor de las nacionales más prestigiosas, como *Veterinaria militar*, *Revista de zootecnia e inspección*, de *Higiene y sanidad pecuarias* —aquella inolvidable de Gordón Ordas—. Con su presencia activa en múltiples congresos y reuniones científicas. En todas su firma llevó el sello inconfundible, como trovador de la ciencia y de la cultura, de su jerarquía intelectual.

Pero sin duda por encima de la variada y polifacética actividad hay algo que debe ser especialmente desmenuzado: su enorme profesionalidad. Y con ella su lucha constante por divulgar, por defender y por reclamar aquellos campos y doctrinas que nuestra calificación señalaba como idóneos para su ejercicio y gestión y el sitio y responsabilidad que la sociedad tenía que atribuirnos.

En efecto, basada la demostración y la realidad profesional en la existencia de contenidos que se derraman en un léxico, en una áreas de conocimientos y penetración y finalmente en un marco de actuación veamos cuáles fueron sus actitudes y posturas. Por supuesto que a título indicativo.

En cuanto al patrimonio de saberes, fue figura ejemplar de primera línea. Su facilidad comunicativa, pródiga y elocuente, se enriqueció en dos vertientes: de un lado practicando exhaustivamente eso que hoy llamamos reciclaje, aprendiendo en todos los lugares y a todas horas. Lo que no era acorde con las corrientes de su época, donde a tribunos y dioses de su porte se eximía de tal obligación e incluso se consideraba impropio de un saber que juzgaba omnímodo, definitivo. Hoy, todavía le recuerdo asistiendo a un curso inolvidable de perfeccionamiento sobre avances en protozoología, con la asiduidad e interés de un principiante. Todo el mundo le vimos siempre en cualquier manifestación cultural, de la que directa o indirectamente dependiese alguna gota de conocimiento o visión diferente de cualquier tema. Y junto con esa hermosa y admirable tarea, poco conocida y estudiada, de renovar, de actualizar el concepto, la acepción, el lenguaje en fin, de acuerdo con la modernización o la creación. Aspecto en el que no se dejan de advertir en sus trabajos aportaciones al vocabulario integrador o novedoso,

aportaciones científicas en fin. Son singularmente apreciables, en este sentido, sus innovaciones sobre bacteriosis y virosis, sus aportaciones al uso de sueros y vacunas e incluso a la terminología diversa, como por ejemplo la clostridiosis, vocablo desde entonces incorporado a nuestro acervo. Aireó y paseó por las tribunas profesionales de toda España sus teorías sobre la creación por el hombre, igual que con las piedras, de caballos góticos, barrocos, mudéjares y románicos, enriqueciendo así el contenido de su ciencia, entroncando y ligando «sus aficiones principales», como él las titulaba.

Su permanente renovación ante la ciencia, que galopaba, le convirtió en un auténtico y carismático líder científico profesional, en el que la admiración rayó siempre en el campo del mito. Siempre más útil para la colectividad que lo disfruta que para quien posee tal carisma. Sobre todo si es auténtico. Ese componente de la ciencia veterinaria, su calificación permanente, estaba pues con creces cubierto.

Pero análoga y yo diría que mayor grandeza y magnitud alcanzaría lo que hemos llamado áreas de contenido profesional y su penetración. Y dos ejemplos, con su propio lenguaje, bastan para corroborarlo. A la sacudida profesional que siguió al plan de estudio del 12, a la que se sumó y contra cuyos aspectos antiprofesionales luchó y se rebeló en unión de toda la generación que le antecedió, la del 9, que capitaneaba su amigo y colega Gordón Ordás. Oigamos lo que escribía, como calificaba aquello medio siglo después: «El ministerio Alba hizo la reforma que introducía el bachillerato con un plan razonable de estudios, pero arrojó ese oprobioso sambenito de la intromisión en nuestro profesorado de otros titulares, que todavía no se ha logrado evitar después de medio siglo y que no tiene eficacia alguna».

Y como exponente de sus ideas en lo que respecta a áreas y funciones veterinarias, en el contexto de los intereses pecuarios del país, dejemos de nuevo hablar a su prosa, clara y rotunda. «Siempre he creído que la misión veterinaria alcanza hasta donde haya una aplicación animal, sea éste doméstico o no. En el seno profesional he sostenido en artículos y conferencias no sólo los tres aspectos facultativos de nuestra profesión, el médico, el sanitario y el zootécnico, sino igualmente nuestro alcance hasta la abeja, el gusano de seda, el zorro azul y la chinchilla, el parque zoológico y la reserva de fieras. En la práctica y la teoría he defendido la misión del veterinario hasta en la construcción arquitectónica de la vivienda animal».

En fin desde el inicio de su vocación no dejó de construir, de edificar y mejorar el rincón de la ciencia animal, de engendrar discípulos —que admiró—, de defender y delimitar el patrimonio de saberes y las aplicaciones que deben configurar el marco de actuación profesional. Su nombre y su leyenda, en el campo de la ciencia veterinaria, figuran en el primer plano de la generación que supo adecuar conocimientos y funciones, que actualizó y mejoró los niveles y que propició el acceso, cuajado y prieto de contenido, a la universidad española y al concierto de profesiones universitarias al servicio del país, todo prendido en su hermoso y poético cantar, para el que le facultaban su profesionalidad y su erudición. Y cuya grandeza le coloca hoy

en este busto de nuestro jardín expresando permanentemente la admiración y la gratitud de la profesión, a ese veterinario y maestro, de ayer, de hoy y de siempre.

En permanente renovación ante la ciencia que progresa, le consagra en un busto y estatua a la memoria de los veterinarios que, como él, se entregaron a la profesión con el mismo espíritu de sacrificio y entrega que él mismo demostró en su vida.

En permanente renovación ante la ciencia que progresa, le consagra en un busto y estatua a la memoria de los veterinarios que, como él, se entregaron a la profesión con el mismo espíritu de sacrificio y entrega que él mismo demostró en su vida.

En permanente renovación ante la ciencia que progresa, le consagra en un busto y estatua a la memoria de los veterinarios que, como él, se entregaron a la profesión con el mismo espíritu de sacrificio y entrega que él mismo demostró en su vida.

En permanente renovación ante la ciencia que progresa, le consagra en un busto y estatua a la memoria de los veterinarios que, como él, se entregaron a la profesión con el mismo espíritu de sacrificio y entrega que él mismo demostró en su vida.

En permanente renovación ante la ciencia que progresa, le consagra en un busto y estatua a la memoria de los veterinarios que, como él, se entregaron a la profesión con el mismo espíritu de sacrificio y entrega que él mismo demostró en su vida.